LAS RAÍCES DE LA CRISIS,
JAIME MAYOR OREJA.
CONGRESO DIÁLOGO FE-CULTURA
LA LAGUNA, 23 DE ABRIL DE 2012

Señoras y señores,

La pregunta que nos convoca hoy aquí es sobre las raíces de la crisis que sufrimos. Me parece que se trata de una pregunta capital, que, en sí misma apunta ya en la buena dirección.

Porque preguntarnos por las raíces es algo que hacemos cuando sospechamos que las causas de lo que nos ocurre hay que buscarlas más allá de las apariencias, más allá de la superficie.

Creo que hemos llegado ya a un punto en el que resulta evidente casi para cualquiera lo que algunos, entre los que me incluyo, llevamos algún tiempo señalando: la crisis económica es sólo una manifestación más de una crisis mucho más importante y mucho más profunda. Una crisis que no es sólo española ni económica, sino europea y cultural, una crisis que es de valores y de actitudes personales.

Y por tanto una crisis que sólo encontrará su solución en ese mismo terreno: en el cambio de las actitudes personales, y en la regeneración de los valores y de la cultura que es propia de Europa.

Y añado algo más: no se trata de una crisis sobrevenida como resultado de un fenómeno natural, de una evolución natural de la sociedad. Muy al contrario, se trata de una crisis inducida, de una crisis pretendida, buscada por parte de algunos. Una crisis que es el resultado de una ofensiva cultural ejecutada concienzudamente por los partidarios de una de las más dañinas ideologías que hemos tenido oportunidad de ver en acción: la ideología relativista, la cultura relativista, que es lo que se encuentra en la raíz de nuestra actual crisis cultural.

Me parece que en nada se percibe mejor el efecto de esta crisis a la que aludo, y en nada quedan más a las claras sus raíces que en la situación en que se encuentra actualmente el proyecto europeo.

Porque el proyecto europeo, en su origen, era un proyecto de valores. Y hoy en buena medida ha dejado de serlo. En él se puede encontrar lo mejor de la cultura europea, sus más elevados propósitos, sus mejores valores; pero en él pueden encontrarse también algunos de sus peores productos.

Por eso, me parece que no sólo es posible sino conveniente explicar nuestra crisis a través de la crisis del proceso de integración, y eso es lo que me propongo hacer en los próximos minutos.

La estructura de una intervención como la que yo me propongo desarrollar en los siguientes minutos debe tener tres partes bien definidas: en primer lugar debemos preguntarnos por el sentido histórico original del proyecto europeo. En segundo lugar debemos

hacer un diagnóstico sobre nuestra situación actual, sobre nuestra crisis actual. Y, finalmente, es necesario abordar una prospección sobre el futuro y proponer líneas de acción que nos permita alcanzar lo que pretendemos.

Ahora bien, siendo esas tres las partes que necesariamente deben formar un relato completo sobre la crisis, creo que la exposición puede ganar en rigor y en claridad si se altera el orden cronológico natural de su presentación. De modo que quisiera comenzar por hacer el diagnóstico de nuestra situación actual, para centrarme luego en los orígenes del proyecto europeo y también en su desarrollo en los próximos años. Es decir, comenzaré por el presente, luego seguiré por el pasado y finalmente abordaré el futuro de la Unión Europea, que es nuestro propio futuro.

Insisto en que de este modo se comprenderá mejor el conjunto de la exposición y ganarán fuerza los argumentos esenciales que me propongo defender.

1. El presente de la Unión Europea

En primer lugar, qué duda cabe que el retrato actual de la Unión Europea, y de la inmensa mayoría de los países que la componen, es el retrato de una **crisis global**, incluso diría total.

Y la califico de 'total' porque no sólo estamos viviendo sólo una crisis económica. Estamos viviendo también, o estamos esperando a vivir, una crisis política, una crisis social y en el

trasfondo de todo ello, lo que es en realidad es una **crisis de cohesión y de confianza**.

Si tuviese que escoger un problema político y sobre todo un riesgo para el futuro de nuestras sociedades, elegiría la falta de cohesión derivada no sólo de las diferentes situaciones económicas de los países, sino sobre todo de la falta, del déficit de valores compartidos.

Al no haber hoy suficientes valores compartidos, la Unión Europea no solo corre el riesgo de dos velocidades, la de los Países más ricos y la de los más pobres, sino que la crisis y la recesión puede instalar dos concepciones contradictorias de Europa, la de aquellos que consideran la Unión como una oportunidad de liderazgo y la de aquellos otros europeos que consideran a la Unión como un gendarme desagradable y feroz, empeñado en reducir el bienestar de muchos de los ciudadanos.

Por otra parte, sería ingenuo pensar que nuestro problema actual consiste en establecer la velocidad a la que debe moverse el proyecto europeo; nuestro verdadero problema no es de velocidad, es de dirección.

No me detendré en el retrato en superficie de lo que sucede hoy en la mayoría de los países, ni en lo determinante que pudiera ser en esta visión superficial el resultado de las elecciones francesas, cuya primera vuelta se celebró ayer.

Diré simplemente que sigue faltando un diagnóstico profundo de la crisis que sacude Europa.

a. El diagnóstico del presente: la crisis moral y de conciencia

Vivimos un tiempo de incertidumbre y de transición.

Sabemos que este periodo nos va a conducir a un tiempo nuevo que todavía desconocemos.

Estamos por ello en el arranque de un tiempo nuevo en el que se han acumulado una serie de crisis - económica, social, política - a las que aún no hemos sabido dar solución.

Pero todas ellas, sin duda, demandan un replanteamiento de todos los elementos esenciales a partir de los cuales habíamos construido un modelo social que se ha quebrado, se ha roto, y que por tanto requiere una reconstrucción, una redefinición y una regeneración.

Todas esas crisis acumuladas y aún no resueltas no son fenómenos aislados sino que son manifestaciones y consecuencia de una misma causa. Comparten un mismo origen y una misma identidad: la profunda **crisis moral y de conciencia** en que se ha sumido durante los últimos años el modelo social occidental, en el que los valores han sido debilitados y sustituidos por los contravalores, como a continuación trataré de explicar.

Porque el gran error que se ha cometido en los últimos años y que nos ha llevado a esta crisis ha sido que hemos dejado a un lado, que hemos abandonado, que hemos dejado sin contenido los valores esenciales sobre los que habíamos construido nuestro modelo de sociedad y nuestra prosperidad.

Y, por ello, para poder comprender el reto al que ahora nos enfrentamos, el adversario que tenemos ante nosotros, es preciso previamente tener muy claro qué nos ha conducido a esta situación.

b. Las causas de la crisis

¿Qué ha causado esta crisis de valores? ¿Quiénes son los responsables de la misma?

Lo primero que hay que aceptar es que **no cabe buscar un único responsable de esta crisis.** No cabe tampoco, por así decirlo, 'echar balones fuera'. Todos somos responsables de la progresiva pérdida de fortaleza que a lo largo de estos años ha ido sufriendo el sistema de principios y valores sobre el que se asentaba nuestro modelo social.

A lo largo de los últimos años, el bienestar del que hemos disfrutado, la prosperidad económica, nos ha llevado a todos a un exceso de autoconfianza, a una cierta indolencia, a una comodidad colectiva. Los Gobiernos, los sistemas financieros, pero también las personas hemos caído todos en una misma tentación.

Cuando hemos vivido por encima de nuestras posibilidades.

Cuando nos hemos endeudado más de lo necesario y cuando nos hemos hipotecado más de lo debido.

Cuando no hemos diferenciado en el seno de nuestra sociedad y de nuestra vida diaria, de nuestra economía, lo que distinguimos con claridad en el ser humano, que no es lo mismo crecer que engordar.

Cuando, por ello, hemos roto el equilibrio indispensable entre el bienestar y el esfuerzo que desarrollamos.

Cuando nos hemos emborrachado de comodidad y hemos confundido el bienestar con esta borrachera, convencidos que como "nuevos ricos", nos merecíamos esta nueva situación, como si formara parte de nuestra genética, de nuestra herencia.

Cuando hemos pedido el Norte y nos hemos orientado con el "todo vale" con tal de que yo gane más dinero y aparentemente yo viva mejor, estamos hablando de algo más profundo que una crisis económica y financiera: **estamos hablando de una crisis de valores, de una crisis moral, de una crisis de conciencia.**

Y todo ello ha sucedido por dos razones fundamentales.

En primer lugar, porque todos – Gobiernos, economistas, ciudadanos – abandonamos la Verdad como criterio orientador de nuestras acciones. Se abandonó la política-verdad y la economía-verdad para dejarnos arrastrar a un escenario ficticio, a

una gran mentira que nos resultaba tan cómoda como atractiva, que nos hacía disfrutar de una aparente prosperidad infinita e inagotable y que no era más que una gran mentira.

Pero es que, en el trasfondo de esa actitud, hay un segundo elemento de fondo que nos ha llevado a la crisis de valores que ahora sufrimos. Y ese elemento ha sido **la generalización de un modelo social basado en esa dañina cultura del 'todo vale'.** Porque, efectivamente, a lo largo de estos años, ha calado profundamente en nuestra sociedad una peligrosa cultura consistente precisamente en no creer en nada o en casi nada, en creer que no existen al mismo tiempo derechos y obligaciones, en enaltecer una actitud del mínimo esfuerzo.

Y ello nos ha llevado como sociedad a convencernos, como antes decía, de que el bienestar y la prosperidad que disfrutábamos era algo que merecíamos **porque sí**, que nos venía dado de manera natural, sin necesidad de ningún esfuerzo ni compromiso ni responsabilidad ni sacrificio por nuestra parte. Y, cuando ha llegado la crisis, ha encontrado un perfecto caldo de cultivo para su expansión en una sociedad debilitada, dócil y desarmada a la hora de reaccionar.

Yo suelo decir, siguiendo la fábula, que la crisis ha llegado a una sociedad en la que nos habíamos convertido en indolentes cigarras en lugar de ser laboriosas hormigas. Y eso ocurre cuando la búsqueda de prosperidad se distorsiona convirtiéndose, simple y llanamente, en un **vacuo hedonismo**.

c. La tiranía del relativismo

Esa cultura del ‘todo vale’ es lo que el propio Papa Benedicto XVI ha denominado en diferentes ocasiones como **‘la tiranía del relativismo’.** Una "dulce tiranía", podíamos añadir.

Porque, efectivamente, la crisis de valores que padecemos es, de alguna manera, el gran triunfo de esa cultura del relativismo que se ha extendido como una plaga por el conjunto de las sociedades occidentales.

¿Y en qué consiste esa cultura del relativismo? ¿Por qué tiene tanta capacidad de contagio?

La doctrina del relativismo se asienta en una serie de características que la hacen particularmente atractiva, dulce.

Por qué:

En primer lugar, la defensa del relativismo se viste con un atractivo disfraz de **exaltación de la libertad**. Las obligaciones no existen. La eliminación de las obligaciones y las responsabilidades se presentan en un bonito envoltorio, como si se tratara de la ampliación o la creación de nuevos derechos.

En segundo lugar, esa creación de falsos derechos se adorna más aún gracias a una **manipuladora utilización del lenguaje**. El relativismo crea un nuevo lenguaje, una nueva jerga, que lo hace atractivo e imbatible ante la opinión pública. Así, ya no hablamos de

aborto sino de salud reproductiva y derecho de las madres a decidir. Ya no hablamos de eutanasia, sino del derecho a morir dignamente. Ya no hablamos de adoctrinamiento, sino de educación para la ciudadanía. Suprimimos obligaciones y responsabilidades. Creamos supuestos nuevos derechos. Y ponemos las bellas palabras al servicio de esa estrategia, dulce también.

Y, en tercer lugar, la tercera característica de la doctrina del relativismo es su **transversalidad**. Es una doctrina que, en su capacidad de contagio, se extiende por todos los países y supera y traspasa las ideologías. En ese sentido, tanto desde el punto de vista territorial como ideológico, el éxito del relativismo radica en que nunca sabemos dónde tiene sus líneas fronterizas. Es evanescente en su enorme capacidad de expansión y contagio. Nos alcanza a todos, se confunde a menudo con nuestras lógicas y normales limitaciones, y nos hace dudar en numerosas ocasiones.

La capacidad expansiva de esa doctrina relativista, que es un proceso de larga duración, se nutre de esa transversalidad, de no identificarse con unas siglas concretas o con un partido político concreto, impregnando así con mayor facilidad al conjunto de la sociedad, bajo la falsa apariencia de no corresponderse con una opción política específica.

Ésa es la doctrina que impera en la Europa de nuestros días.

Un proyecto que ha buscado de manera permanente vaciar el contenido de los derechos humanos de aquella declaración de

derechos universales de 1948, para sustituirlos por falsos nuevos derechos.

Todo ello ha permitido y facilitado la puesta en marcha de la agenda de los denominados nuevos derechos.

Ésta ha sido la respuesta a esa progresiva y creciente comodidad, en la que nos hemos deslizado en las últimas décadas.

Cuando algo se cruza e interfiere en nuestra comodidad, se crea un nuevo y falso derecho, que en el fondo significa una supresión de una obligación.

De lo que se trata es de "emancipar" (entre comillas) al ser humano de su propia naturaleza.

No se trata de aceptar y de prolongar esa naturaleza como hacen los verdaderos derechos humanos; se trata de emancipar al ser humano de su propia naturaleza. Es decir, se trata de deshumanizarlo, de forzarlo a ser lo que no es.

Éste es lo que sistemáticamente nos propone la agenda de los nuevos derechos en el plano moral y crecientemente en el plano biológico.

No es que actuemos conforme a lo que somos sino que desafiamos lo que somos.

La defensa de los derechos humanos exige un compromiso frente al relativismo, frente a su agenda de los denominados nuevos derechos.

Por duro y difícil que esto sea, porque siempre es desagradable y complicado enfrentarse a una moda dominante, a una comodidad exagerada y por ello casi imbatible.

De la misma manera que habrá que hacerlo con los fenómenos extremistas, que están sugiriendo y surgirán, como elemento de sustitución y de reacción frente al relativismo que padecemos.

Antes decía que todos tenemos parte de culpa de la actual situación. Y nuestra propia culpa parte del hecho de que no hemos sabido, no hemos sido capaces de presentar resistencia frente a los defensores del relativismo.

Porque hemos permitido que los voceros del relativismo hicieran más ruido que nosotros. Porque hemos permitido que nos callaran. Porque nos hemos dejado llevar por una 'moral de derrota'. Porque hemos permitido que, de alguna manera, nos acomplejaran, haciéndonos creer que defender unos determinados valores era algo trasnochado, propio de otros tiempos.

Y hemos caído en esa trampa. A nivel individual y a nivel colectivo. Hemos visto cómo formaciones políticas que debían estar al frente en la defensa de unos valores con los que ideológicamente coinciden renunciaban a una defensa de los mismos.

Hemos aceptado las reglas de juego de quienes, precisamente, lo que buscan es erradicar de la vida pública y de la política un debate sobre valores.

Yo suelo decir que nos ha faltado ‘valor’ (en singular) para defender nuestros ‘valores’ (en plural).

2. Los valores en el origen de la Unión Europea

La crisis de valores afecta necesariamente a la Unión Europea, porque en su origen la Unión nace precisamente como comunidad de valores, tras la tragedia de dos guerras europeas.

Nace no sólo en la incomodidad sino incluso en la tragedia, para que nunca más volviera a producirse.

En la medida en que el hecho de esta comunidad de valores de ha ido diluyendo, especialmente como efecto colateral de derrumbe del Muro de Berlín, el proyecto europeo ha ido perdiendo esta dimensión y, finalmente, se ha ido confundiendo con una simple operación económica más o menos fallida.

Pero la Unión no nació sólo como un acuerdo de entidad monetaria. Nació en primer lugar como un proyecto de carácter moral. Y quisiera recordar a este respecto algunas cosas fundamentales.

El proyecto europeo fue formulado como un instrumento del denominado “bloque occidental” una vez terminada la Segunda Guerra Mundial y en un contexto de creciente tensión con el bloque comunista.

La experiencia de la guerra y de la posguerra es la experiencia de la aniquilación del humanismo en la política europea; es el avasallamiento de la persona por el Estado, es la pérdida de referencias morales; es la quiebra de la herencia cultural occidental.

Es frente a todo esto como se concibe y se pone en marcha el proyecto europeo, que no es un proyecto neutral desde el punto de vista ético y moral, sino un proyecto abiertamente militante e inspirado por principios y por personas nítidamente situadas en la tradición del humanismo cristiano europeo. No exclusivamente, pero sí destacadamente.

Con frecuencia se olvida esa militancia moral, esa no neutralidad, esa expresa repulsa de cualquier relativismo y específicamente del relativismo que se encuentra en la base de los totalitarismos, que hacen de la persona un puro instrumento del poder y de la violencia, que anulan el valor de la vida humana y de los derechos asociados a ella. Pero si olvidamos eso olvidamos cuál es el sentido histórico del proyecto europeo. Y puesto que nuestras sociedades, empezando por la española, han encontrado su lugar en el seno de ese proyecto común, si la Unión Europea pierde su rumbo, necesariamente lo perderán también los Estados que forman parte de ella.

Esa militancia moral tuvo tres expresiones esenciales: una expresión en materia de seguridad, asociada a la OTAN; una expresión en materia de organización política, a favor del Estado de derecho asentado en el respeto a la persona y a sus derechos fundamentales, que son de carácter prepolítico y que deben ser defendidos frente a cualquier agresión; y, finalmente, una expresión económica, a favor de una libertad económica que se pone al servicio de la cohesión social y del interés general, a través de un modelo de bienestar inspirado en la subsidiariedad –principio de origen cristiano- y en la idea de que nadie debe ser abandonado a su suerte.

Estos principios son en sí mismos valiosos, pero el hecho de que países que acababan de protagonizar un enfrentamiento brutal fueran capaces de reencontrarse alrededor de unos valores compartidos y de una herencia cultural y moral común para poner en marcha un proyecto de paz, libertad y prosperidad, debe ser considerado como un acontecimiento histórico extraordinario y profundamente inspirador.

La Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948, es una referencia simultánea al arranque de los pasos de la Unión Europea.

Muchos se olvidan de que en aquella declaración no se ahondó en la defensa del derecho a la vida, frente a las prácticas del aborto y de la eutanasia, propios de regímenes totalitarios porque era en aquel momento tan obvia la tragedia que había

significado el desprecio de la dignidad de la persona, que parecía no tan esencial su reiteración.

Se puso el acento en aquellas otras cuestiones sociales derivadas de la escasez y del hambre en aquellas fechas.

Sin embargo, estos cimientos se han ido debilitando con el paso de los años, y a partir de la caída del Muro y de la ilusión de haber alcanzado eso que se denominó “el final de la historia”, su deterioro ha sido vertiginoso.

La Unión Europea, y los países que la forman, parecen haber olvidado las lecciones de su propia historia, y haberse entregado a la adoración de un becerro de oro que no ha traído nada bueno.

Se ha producido un desistimiento moral que ha generado una mutación del genuino proyecto europeo, que era cultural, moral y económico y que ahora parece ser no ya sólo económico, sino sólo monetario. La utilidad, el abuso del mal menor, el pragmatismo, la esclavitud del político ante las encuestas de opinión, nos aleja de los cimientos morales de la Unión Europea.

Sin reparar en que las reglas económicas, para funcionar, han de ser de algún modo reglas morales. Lo que vivimos no es un problema de técnica monetaria, sino un problema de vaciamiento profundo del sentido que debe tener el proyecto europeo y las reglas que lo rigen, para ser comprendido, querido y apoyado por la opinión pública de las sociedades europeas.

La cuestión es que se ha pretendido hacer del proyecto europeo algo “útil”, cuando en realidad lo que tiene que ser es algo “bueno”. Más aún, su utilidad ha de medirse por servir a su bondad. Nunca al revés.

Porque en caso contrario, la pregunta que nos asalta de inmediato es ésta: ¿útil, para qué? Y eso, en el fondo, es la formulación de un porqué, que no se puede responder si no es mediante la afirmación de valores y principios.

Si el “porqué” del proyecto europeo se desvanece, porque se desvanecen sus fundamentos morales, entonces lo que se desvanece es su futuro, su sentido final. Los europeos hemos dejado de sentirnos herederos del pasado y responsables del futuro.

Hemos decidido vivir al día sin más. Hemos dejado de desear la continuidad de lo que es nuestro y de trabajar para hacerlo posible.

Esta es, en mi opinión, la razón de que, desgraciadamente, tengamos que hacer el diagnóstico al que me he referido con anterioridad. Estas son las causas profundas, las raíces de la crisis actual. La crisis del proyecto europeo es una crisis de valores, porque el proyecto europeo, en su origen, es un proyecto concebido alrededor de valores que se están perdiendo.

Y el primero de esos valores es la verdad.

A lo largo de estos años, todos hemos cometido errores. Todos nos hemos instalado en una gran mentira. Los Gobiernos se instalaron en la mentira de creer que el gasto público podía seguir creciendo sin límite más allá de la sensatez. Los sistemas financieros se instalaron en la mentira de la especulación y el riesgo. Y los propios ciudadanos nos instalamos en la mentira que es endeudarte por encima de tus posibilidades. Y la consecuencia de todo ello ya la conocemos.

Todos abandonamos la verdad. Abandonamos la verdad en la política. En la economía. Y en nuestras propias vidas. Y eso nos ha obligado ahora a vivir un doloroso tránsito, un doloroso viaje de regreso desde la mentira hacia la verdad. En la economía estamos en pleno proceso de tránsito. En la política la mentira tiene más largo recorrido y no estamos aún en el desenlace. En muchos casos seguimos en la cresta de la ola de la mentira.

3.) El futuro del proyecto europeo

Por todas estas razones, de cara al futuro, no debemos creer que nos enfrentamos tan sólo a un debate económico o a un debate político sobre el modelo de sociedad que debe surgir de esta crisis. **Nos enfrentamos a un auténtico debate cultural**. A un debate en el que hay que contraponer al modelo relativista de sociedad, un modelo basado en la fortaleza del sistema de principios y valores que han aportado identidad y fortaleza durante décadas a las sociedades europeas.

Recuperar el proyecto europeo será imposible si no recuperamos la claridad moral que le dio origen. Si no recuperamos el porqué que lo inspiró. Si no recuperamos los valores y el legado cultural alrededor del cual se fundó y alrededor del cual pueden reencontrarse los Estados europeos, que ahora están claramente perdidos. Necesitamos recuperar pronto el Norte que hemos perdido.

Y, para ello, el primer requisito es entender que los valores están por encima de las ideologías políticas. Los valores son principios que debe compartir el conjunto de la sociedad, más allá de las ideologías concretas de cada uno.

Hay que dar contenido a los valores auténticos frente al relativismo. El valor de la verdad, el valor del esfuerzo, de la superación y del compromiso deben imponerse a la vacua cultura del 'todo vale' y del mínimo esfuerzo, lealtad, fidelidad, alegría por el trabajo bien hecho.

Debe imprimirse a la política una **fuerte dosis de humanismo**. La persona debe constituir el foco, el eje y el objetivo de toda acción política. La persona –sus necesidades, sus demandas, sus valores, su proyecto vital– debe constituir la principal preocupación del político, del economista, de los pensadores, de todos aquellos que de una u otra manera conforman y definen el modelo social en que vivimos.

Hay que **dotar de fortaleza a los conceptos vertebradores de la sociedad**. Y con ello me refiero a valores como la familia, porque la Historia nos demuestra que todo modelo social que no ha tenido a

la **familia** como su eje vertebrador ha estado siempre condenado al fracaso. Me refiero a valores como la **educación**, que es siempre el mejor instrumento para evitar las desigualdades sociales y la mayor fuente de oportunidades para el progreso de una sociedad. Y me refiero al valor de la **Nación**, cuya fortaleza es indispensable a la hora de plantear una interlocución eficaz de cara a las relaciones exteriores ya sea con otros Estados, ya sea en el seno de organizaciones supranacionales como la Unión Europea. España tiene la dimensión mínima para influir en la U.E. y la U.E., a su vez, para existir en el mundo.

Porque si la "persona" es la causa de la crisis, la "persona" será la solución de crisis. Hay que saber buscar como punto de partida, el desarrollo integral de la persona.

La persona no puede ser considerada un sujeto pasivo ni en la crisis ni en la solución. Es protagonista en la crisis y en la solución de la misma.

No son tiempos fáciles. Y precisamente por ello vivimos un momento fundamental. Porque de lo que hagamos ahora va a depender de manera absoluta nuestro futuro más inmediato.

La Unión Europea ante el avance de la crisis necesita redefinirse, simplificarse, recuperar sus raíces, devolver el prestigio a una cultura que ha sido y es referente en el mundo. Y sobre todo volver a ilusionar a todos los europeos, aportándoles referencias sociales, mediante un proyecto de sentido y con sentido.

Y a partir de ahí relanzar todas sus acciones con un nuevo espíritu de éxito que sustituya a la actual sensación de decadencia.

Señoras y señores,

Termino, por tanto, como comencé. La pregunta que nos convoca hoy aquí es sobre las raíces de la crisis actual. Estas son, a mi juicio, las raíces de la crisis. Este es el diagnóstico y esta debe ser la ruta de la solución. De este modo podremos recuperar la esperanza y el sentido que las sociedades necesitan para superar los malos momentos.

Y para ello debemos recuperar nuestra propia entidad moral, nuestros valores y nuestros principios; debemos ser conscientes de nuestra propia decadencia, y de las causas profundas de esa decadencia, que no son económicas. La decadencia económica es la consecuencia de una decadencia cultural a la que hay que poner fin. A la que hay que dar la vuelta.

Permítanme que le traslada al final de mi intervención diez breves tests, diez exigencias para la esperanza, diez esfuerzos, diez líneas de actuación en los que estoy modestamente estoy comprometido y que, al menos para mí son determinantes.

1. Es preciso que pronto, cuanto antes mejor, seamos capaces de introducir en la Unión Europea, en el seno de nuestras sociedades, un debate cultural, antropológico, esto es, sobre el concepto de la persona, que hoy no se produce en el debate político.

Este objetivo, en modo alguno, es imposible para una democracia, y de hecho, este tipo de debate está mucho más avanzado y desarrollado en los Estados Unidos.

2. A partir de este debate es preciso avanzar en los próximos años en la cultura de la vida, frente a la administración de la cultura de la muerte, a través del aborto y de la eutanasia, que preside hoy nuestra actividad política y legislativa.

3. En estos próximos años, tenemos que ser capaces de crear y consolidar líneas de vanguardia y de resistencia frente al relativismo, en todas y cada una de las instituciones y naciones europeas, basadas en nuestros valores cristianos.

Sin olvidar que en poco tiempo, tendremos que hacer frente, desde estos mismos valores, a fenómenos extremistas.

4. Tenemos que saber estar más unidos, más próximos, quienes compartimos estos valores y principios.

Cuanto más trascendentes sean los principios que defendemos, necesitamos más unidad, más estrategia, más organización.

Pero tenemos que saber sumar, tenemos que saber ir más allá del ámbito concreto de nuestra asociación u organización a la que pertenecemos, entre otras razones para evitar la desigualdad que un gigante opulento como el relativismo tiene enfrente un ejército que vulgarmente se diría que parece que es el de Pancho Villa.

No hacen falta más organizaciones, pero sí más estrategia y visión compartida.

5. Desde la Unión Europea tenemos que saber impulsar el diálogo transatlántico en valores, tanto con los Estados Unidos como en los países hispanoamericanos.

6. Tenemos que encontrar los medios para incorporar a los jóvenes, para esta tarea de actualización de valores.

Hay muchos jóvenes que comparten nuestros valores, tal y como se pudo manifestar en la JMJ, pero no tienen foros, ni saben cómo defender estos valores en muchas ocasiones. Hay que saber crearlo.

7. Hay que saber también sumar, unir a los medios de comunicación que comparten estos valores.

Hay que saber favorecer una dinámica de suma, de asociación, incluso si fuera necesario de fusión de estos medios de comunicación de masas.

8. Además de robustecer, de aglutinar, de unir de cohesionar a quienes compartimos unas convicciones y unas creencias, tenemos que saber buscar y definir puntos de encuentro con aquellos sectores de las sociedades europeas, que sin compartir nuestras creencias religiosas, comparten en el ámbito de la razón, nuestra concepción de la persona y de la sociedad.

9. Tenemos que saber mejorar en diálogo con la Iglesia, con la naturalidad necesaria, con la naturalidad propia de quienes sabemos que aunque en esferas diferentes, plenamente autónomos, compartimos una misma preocupación por el significado de la persona.

10. Y por último, yo diría lo más importantes, el principal test, la principal prueba, el principal instrumento es un profundo cambio de actitud personal, que cada cual tiene que saber poner en marcha.

Sólo desde un profundo cambio se actitudes personales, podremos afrontar los nuevos tiempos que vivimos.

Hay que saber vivir de otra forma. En el ámbito público hay que saber atreverse a abrazar la fortaleza del valor de la verdad.

Señoras y Señores,

La crisis se ve salpicada con muchas cifras, con muchos datos, con mucha información pero se ve mal acompañada con la falta de ideas.

Porque, en mi modesta opinión, falta la profundidad necesaria en una crisis de estas características.

Algunos hablan de crisis de confianza. Es verdad.

Algunos hablan de crisis política, de liderazgo. Es igualmente verdad.

En general utilizamos, tratamos de utilizar, el adjetivo que más nos conviene a cada uno, para no cambiar o al menos para que cada uno de nosotros cambie lo menos posible.

Necesitamos un liderazgo de la altura del que hizo posible la fundación del proyecto europeo en los años cincuenta del pasado siglo.

Un liderazgo que desmienta en parte nuestra historia europea, que nos recuerda que en épocas de crisis no hay liderazgo, porque en el fondo no desean el mismo.

Como si la historia europea nos recordase que el liderazgo sólo se produce en situaciones de tragedia, tanto entre los vencedores como en los vencidos, como Adenauer, Schuman, Monet, De Gasperi, Churchill, De Gaulle.

Un liderazgo que se asiente en convicciones sólidas, que se sienta legítimo y orgulloso heredero de una tradición cultural incomparable.

Que camine a hombros de gigantes, de los gigantes de la cultura europea, y que no pretenda comenzar de cero a cada paso.

Que tome sobre sí la tarea de hacer no sólo una sociedad guiada por el sentido de lo útil, sino guiada por el sentido de lo bueno, que es la única guía segura para cualquier sociedad.

Por ahí pasan el futuro y la esperanza de Europa. Ese es el único fundamento real para perseverar en el loable propósito de lograr una unión cada vez más estrecha entre los pueblos europeos y para superar esta crisis cuyas raíces se encuentran en nosotros mismos.

Muchas gracias.